

## *La vocación*

*P. Carlos Francisco Vera Soto. MSpS*

Cuando oímos la palabra “vocación” casi estoy seguro que, los muchachos piensan en un padre de los que dan misa y las muchachas en una religiosa, de convento o de escuela, pero no, vocación es un término que designa una realidad que le ocurre a hombre y mujeres por edad, de todo los ámbitos que nos podamos imaginar, porque la palabra vocación deriva del vocablo latino *Vocare* que significa llamar o convocar.



o

### **Llamado**

Nosotros, en clave cristiana, lo usamos para referirnos al llamado que Dios nos hace a pertenecerle, a ser sus hijos, a trabajar con Él a permanecer junto a él.

Por eso, si nos damos cuenta, descubrir “nuestra vocación”, o sea, nuestro llamado personal, está ligado a varias cosas y a varias etapas de nuestra vida.



Lo primero que tenemos que considerar es que “Dios nos llama”. Nuestro Dios nos quiere cerca; Él es nuestro Padre, nuestro Hermano y nos invita. Quiere decirnos cuánto nos ama y cómo desea tomar parte de nuestra vida. La experiencia de la vida humana, que tiene sus dosis de soledad, a pesar de estar rodeados de personas, tiene también la posibilidad de experimentar a nuestro Dios y Creador, como alguien cercano, a quien le interesamos y que quiere que vivamos nuestra experiencia cerca de Él.

### **Percibir la presencia**

¿Cómo podemos descubrir esa presencia de un Dios personal y cercano? ¿Cómo escuchar su voz? No hay una fórmula para ello, pero sí podemos decir que hay muchas maneras de percibir la presencia de Dios: digo algunas que nos pueden ayudar a reflexionar: la naturaleza, la magnificencia de la creación nos habla de un Dios que está; las personas y el amor que de ellas recibimos; nuestros padres, abuelos, hermanos, amigos, nos hacen visible una manera concreta de cómo Dios nos ama; tantas personas buenas que hay, aunque permanezcan anónimas para nosotros, nos hablan de la presencia de Dios en ellas; leer la palabra de Dios,

especialmente el Evangelio en donde se nos transmite los hechos y los dichos de Jesús, nuestro Salvador y Señor; y por último un recurso indispensable es la oración. Ese espacio personal que cada uno debe hacer para entrar en su interior y encontrarse con el Dios que habita en nuestro corazón. ¿Cómo escuchar la voz de Aquel que llama si no entramos en esa intimidad del silencio interior? ¿Cómo saber que existe un “llamado” de Dios para mí si nunca me dispongo a escuchar? Porque también tenemos que decir que Dios habla claro, muy claro pero también que habla en voz baja y si no hacemos la lucha por bajarle a todos los ruidos que nos rodean, jamás vamos a escuchar su voz, por más claro que nos esté llamando.



### ¿Dios habla? ¿Para qué?



nosotros podamos oírle.

De todo esto surge espontánea la pregunta. ¿Dios de verdad nos habla, nos llama? En la experiencia de miles y miles de hombres y mujeres nos podemos responder que sí; Dios verdaderamente nos habla. Entonces hay que procurar oír su voz y poner los medios necesarios para que cuando Él hable,

Y sí Dios nos llama, debemos ahora preguntarnos ¿para qué?, ¿qué quiere de aquel o aquella que llama?, ¿qué le interesa de nosotros? Como buen Padre que es, a Dios le interesa nuestra felicidad y que nos vaya bien en la vida. Él tiene una expectativa y unos planes para cada uno. Lo primero que quiere del llamado que nos hace es *darle sentido a nuestra vida*. Para que nosotros podamos vivir como sus hijos, amados de verdad, le interesa que no andemos en la vida como “perros sin dueño”, deambulando por todos lados, comiendo basura, sufriendo las inclemencias del tiempo. Él quiere dar rumbo, orientación, derrotero a nuestra existencia y por eso nos llama a sí para que de acuerdo a su querer realicemos un hermoso diseño con nuestra propia existencia y podamos decir con Jesús: *Hago siempre el agrado de mi Padre*. El llamado, por tanto, que Dios hace a sus hijos, se puede resumir en una sola palabra: *misión*. El Padre nos llama para darnos una tarea, un cometido, un plan de vida, un encargo. Jesús se descubrió a sí mismo como el *Enviado* del Padre y por eso fue descubriendo a

Donde hay llamado hay  
Propósito,  
Donde hay propósito hay  
Compromiso,  
Donde hay compromiso hay  
Amor,  
Donde hay amor esta  
DIOS

qué era enviado entre los hombres y mujeres de su tiempo y encontró que había sido enviado a la Humanidad como Salvador y Redentor y, poco a poco, fue llenando su vocación de sentido y de coherencia. Realizó todo lo que descubrió que tenía que hacer para salvar al mundo, incluyendo ser humillado, maltratado y despreciado aún morir de manera violenta, en la cruz, porque era la voluntad del



Padre que entregara su vida en favor de sus hermanos los hombres y las mujeres. Jesús descubrió también que así estaba escrito en la Biblia y que lo que hablaban los Profetas sobre el Mesías, eran las cosas que Él tenía que vivir, por eso acepto voluntariamente su sacrificio, porque era el querer de su Padre que lo había revelado a su pueblo escogido. No hay mejor modelo de vocación que Jesús, quien pasaba largos ratos de oración, noches enteras, para descubrir en ellas el querer de su Padre y ponerlo en obra.

A partir del ejemplo de Jesús, podemos decir que todos y todas debemos descubrir el querer de Dios en nuestras vidas y descubrir cuál es la misión que Dios nos ha querido confiar al regalarnos la vida y ponernos en nuestra tierra. Cuando de verdad queremos responderle a Dios y nos disponemos libremente a asumir nuestra vocación-misión es entonces que le encontramos el sentido profundo a nuestra vida y la única manera de ser felices en esta tierra.

### Vocación de Conchita



Conchita Cabrera, que era una mujer dotada especialmente para la vida de oración y penitencia, creía que, cuando era soltera, como nadie le había hablado de la vida religiosa, a lo mejor había equivocado su vocación, pero Jesús se encargó de decirle muy claramente: *Te casaste por mis altos fines: para hacer brillar más mi Poder; para tu santificación y la de otras almas, haciéndote un vivo holocausto en favor de la santa pureza, para ejemplo de muchas almas que creen incompatible el matrimonio con la santidad* (CC, 16, 248m. 8 de mayo de 1901). Y una vez comprendiendo que Dios le había dado especialmente el don de la maternidad para ser no sólo en su familia madre, sino también *Madre de la Espiritualidad de la*

*Cruz y de las Obras y la Familia de la Cruz* empleó todo los recursos a su alcance para cumplir con fidelidad esa misión que Dios le estaba regalando.

### **Vocación del padre Félix**

El padre Félix descubre su vocación casi por casualidad. En mayo de 1878, durante el último año escolar se presentó en su colegio un obispo de la Sociedad de María, monseñor Louis Eloy, anciano misionero en Oceanía y lleno de achaques y cansancio, les contó a los muchachos ahí reunidos, unos 400, todas las aventuras y dificultades que enfrentaban los misioneros para evangelizar aquellas tribus, entre las cuales había hasta caníbales. El mismo padre Félix nos lo cuenta en su *Autobiografía*:



“En el Colegio éramos 400 alumnos: monseñor Eloy nos reunió en el patio principal, ante una hermosa imagen de la Santísima Virgen; y ahí reunió todas sus fuerzas para hablarnos con fuego de las misiones en Oceanía, en donde había todavía tantas islas, algunas muy pobladas, que nunca habían sido visitadas por un misionero; y al fin de su alocución, ya como extenuado dijo: ¿Quiénes de ustedes me quieren prometer ahora venir a ayudarme a salvar esas pobres almas? Levanten la mano.

Yo miré en torno mío sin que ninguna mano se levantara; sentí interiormente un movimiento irresistible, y me determiné en un segundo a irme con el obispo misionero y levanté la mano.

Entre los profesores y los alumnos de a primera división hubo una manifestación de extrañeza al ver esa determinación repentina que nadie se esperaba. Y al día siguiente el padre director espiritual, confidente de mi mamá, me llamó, pensando que había sido mi determinación repentina y sin reflexión, y procuró desviarme de ella, habiendo él y mi mamá pensado otra cosa para mí. [...] Pero sin duda que mi resolución venía de Dios, porque me encontró tan firme en ella, como si la hubiera tenido desde la infancia” (FJR, AyS, [5 r-v] 27).

El padre Félix levantó la mano y dijo: “Yo quiero”. Esta sencilla resolución, como hemos oído, casi sin pensarla, orientó su vida, le dio sentido y encontró una misión que luego lo habría de llevar, no a Oceanía sino a México, su tierra de misión.

Porque eso es la vocación y el padre Félix lo describe muy claramente. Sintió interiormente un “movimiento irresistible” es la invitación que Dios nos hace y que pide una respuesta. Los medios que Él usa pueden ser muchos. En Conchita fue la vida de oración; en el padre Félix una inesperada invitación de un obispo, lanzada

así, al aire, en medio de 400 compañeros; en la madre Ana María Gómez, fue también una invitación directa y personalizada que le hizo el padre Félix a seguir más de cerca a Jesús Sacerdote y a trabajar directamente en la educación escolar para fomentar las vocaciones. En los tres casos que nos ocupan, hubo una respuesta clara y entusiasta y en los tres casos Jesús les confió una misión.

Y la vocación se sostiene con la gracia de Dios, claro, pero con nuestra respuesta y trabajo.

### **Llamado universal a la santidad**

Hoy sabemos que la vocación es un llamado universal a la santidad y que puede darse en el marco de la vida laical, religiosa y/o sacerdotal. Todas estas vocaciones tienen una sala finalidad, como ya lo hemos dicho y repetimos nuevamente: dar un sentido y una dirección a nuestra vida y realizar plenamente en el espacio que nos toca vivir la voluntad de Dios que nos ama y nos llama a participar de lo suyo hasta que decida unirnos plenamente a Él para toda la eternidad.



### **La voz del papa**

El papa Francisco nos recuerda una verdad que hay que tener en cuenta a la hora



que se habla de la vocación: "La buena semilla de la Palabra de Dios a menudo es robada por el Maligno, bloqueada por las tribulaciones, ahogada por preocupaciones y seducciones mundanas (cf. Mt 13,19-22). Todas estas dificultades podrían desalentarnos, replegándonos por sendas aparentemente más cómodas. Pero la verdadera alegría de los llamados consiste en creer y experimentar que él, el Señor, es fiel, y con él podemos caminar, ser discípulos y testigos del amor de Dios,

abrir el corazón a grandes ideales, a cosas grandes. «Los cristianos no hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Id siempre más allá, hacia las cosas grandes. [...]Dispongamos por tanto nuestro corazón a ser «terreno bueno» para escuchar, acoger y vivir la Palabra y dar así fruto. Cuanto más nos unamos a Jesús con la oración, la Sagrada Escritura, la Eucaristía, los Sacramentos celebrados y vividos en la Iglesia, con la fraternidad vivida, tanto más crecerá en nosotros la alegría de colaborar con Dios al servicio del Reino de misericordia y de verdad, de

justicia y de paz. Y la cosecha será abundante y en la medida de la gracia que sabremos acoger con docilidad en nosotros.” (Mensaje para la Cuarta Jornada oración por las vocaciones. Mayo de 2014, n° 4).